

Fueron dos los descubrimientos*

FERNANDO VASQUEZ RODRIGUEZ**



Los indígenas son «gente bestial... no tienen la cabeza como otras gentes sino de tan recios y gruesos cascos que el principal aviso que los cristianos tienen cuando pelean con ellos... es no darles cuchilladas en la cabeza, porque se rompen las espadas».

Gonzalo Fernández de Oviedo

«Mas como sin saber nada de esto entramos por la espada sin oíles ni entendelles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo».

Fray Bartolomé de las Casas

* Este artículo está basado en la conferencia que dictó el autor en la Feria del Libro realizada en mayo del presente año.

** Licenciado en Literatura de la Universidad Javeriana. Actualmente es Director del Departamento de Expresión y profesor del área de semiótica en la Facultad de Comunicación Social. Pontificia Universidad Javeriana.

I

El cuadro es de Dióscoro Puebla: "Primer desembarco de Colón en el Nuevo Mundo". Una oblicua trazada desde la parte superior izquierda hasta el margen inferior derecho divide los dos mundos. De un lado, escondida detrás de la exuberancia de la naturaleza (hojas de plátano enormes, gigantes hojas) la desnudez edénica, la desnudez de la momias; petrificados, atónitos, curiosos pero -sobre todo- escondidos, siete indios. Todas sus miradas se centran en los visitantes. Más que por la sorpresa, los ojos curiosean temerosamente. Al otro lado, más solar, menos oscura que la primera escena, entre el dorado y la claridad del cielo, entre el azul y el resplandor del amarillo, altivos, muy altivos, diecisiete hombres. Al frente, poniendo rodilla en tierra, levantando con su mano izquierda un estandarte y con la derecha una espada, Colón mira hacia las alturas. Es el momento de la posesión. Al lado de él, un fraile. Su mano derecha asume el gesto del "dominus"; la izquierda, enarbola un crucifijo. El fraile no mira al cielo, su mirada se centra en un más allá insondable, lejano, distante. Atrás de ellos dos, como haciendo un coro, los quince hombres restantes se dividen el escenario. La mayoría mira hacia arriba, en acción de gracias u observando, quizás, la más alta de la ceibas absolutamente desconocida hasta ahora para sus ojos. Uno de los hombres besa la tierra, otro la agarra entre sus manos como si fuera un plato de comida o un enorme pan. Nadie, ninguno de los diecisiete personajes descubridores mira a los siete indios descubiertos.

II

Y ahora veamos otra obra, un grabado de Juan Stradano, la alegoría que representa a América y al descubridor europeo.

Aquí, de manera análoga, hay dos escenarios: uno, esta vez menor, representado por el español ataviado con manto y bonete, llevando una bandera en una mano y teniendo un astrolabio en la otra. Es el navegante, el hombre náutico. Atrás de él dos carabelas, insinuadas apenas. Todo el resto del grabado lo ocupa la exuberante América, echada o recostada en una hamaca; y, detrás de ella, animales extraños, muchos árboles; y, más al fondo, alrededor de una fogata, un trío de indios asando un pedazo de pierna humana. En este grabado, muy cortesano por lo demás, Colón seduce a América. Es el caballero solitario que busca conquistar a su futura dama en un lugar inhóspito poblado de caníbales.

III

Similar al anterior, otro grabado: el de Théodore de Bry. Mirémoslo atentamente. El vestuario ceremonial de los españoles, a lo flamenco, contrasta con la desnudez, a lo clásico, de los indios. Estos últimos ofrecen al visitante joyas, coronas, cofres, trofeos, anillos; el visitante -impertérrito- mira los regalos. A las espaldas de Colón, dos guardianes-soldados con casco y coraza-, lo protegen. Atrás de ellos, hacia la izquierda, tres hombres levantan una enorme cruz. Al fondo, tres carabelas ordenadas de mayor a menor reposan. Y hacia la derecha, otros seres -desnudos- danzan o juegan como si fueran niños. El grabado podría dividirse en tres partes: la aglomeración de los ofrendantes desnudos, la altivez cortesana de los visitantes y el gesto de los que siembran una cruz, como si fuera el trasplante de un árbol gigantesco. Por supuesto, nada ofrecen los visitantes a los dadores indios. El visitante altanero, espera; las ofrendas son hechas desde un sola parte.

IV

Ficciones, fantasías. Imaginarios de grabadores y pintores al servicio de una causa expansionista y evangelizadora. Todo se magnifica y se minimiza. ¡Cuánta maravilla soñada desde un escritorio europeo! ¡Cuánta necesidad de épica, de gesta! Europa soñó una hazaña y tuvo que representarla así, antes y después del 12 de octubre. Antes, para hacer visible la utopía o el paraíso terrenal; después, para ratificar el heroísmo. Es acá, en América, en donde se refunden *La División del Mundo con Las mil y una noches*, *Los viajes de Marco Polo*, y *Los viajes de Simbad*: "y habéis de saber que tienen una cantidad extraordinaria de oro porque el oro se encuentra allí de cualquier modo..." "y miré yo al lecho de aquella fuente que antes dije y vi en él gran cantidad de rubíes y grandes perlas regias y toda suerte de piedras preciosas que semejaban la grava del cauce del arroyuelo que por aquellos campos corrían y las arenas chispeaban y rebrillaban por la pedrería y metales ricos que contenían..."

No cabe duda, la novela de caballería se hizo realidad en el Nuevo Mundo y también acá encarnaron los bestiarios medievales. Por eso las más insignificantes iguanas se tornaron "sierpes espantables a la vista tamañas como grandes lagartos de aquellas pintas". Por eso Colón vió "hombres de un ojo y otros con hocicos de perros, que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bevían su sangre y le cortaban su natura". Por eso se confundió el manatí con la sirena, los papagayos con los higos del mastuerzo, los zopilotes con gallinas olorosas. Asia con América. Por eso fuimos más espectro que realidad, más espejismo que plena vida.



Desde los primeros momentos del desembarco entendieron los marineros cuánta era la curiosidad de los inocentes indios, y lo que llamaban su atención los objetos más insignificantes que se les mostraban. El mismo Almirante, por atraerlos, les ofreció algunos bonetes colorados, cuentecillas de vidrio, cascabeles y otras chucherías de poco valor que recibieron con ruidosas manifestaciones de alegría, quedando por extremo agradecidos; y para demostrar el aprecio que de tales regalos hacían, corrieron a sus cabañas, trayendo grandes ovillos de algodón hilado, papagayos y algunas frutas, con que empezaron los trueques y cambios, que entonces llamaban rescates los navegantes de todos los países.

Creando a los españoles, según después se supo, enviados del cielo, estimaban cualquier objeto que se les daba como preciada reliquia. A más de deleitarse con su vista, se engalanaban poniéndose al cuello las sargas de cuentas de vidrio; reían y saltaban viéndose unos a otros con los bonetes encarnados, o con las cintas de colores que habían cambiado; pero lo que más novedad les proporcionaba, lo que mayor contento producía en ellos, eran los cascabeles, cuyo ligero sonido les causaba verdadera locura".

José María Asensio

I

12 de Octubre de 1492. Un extraño llega a un nuevo mundo (nuevo para él, viejo para sus moradores), y de inmediato se maravilla ante la exuberancia de esa naturaleza y la desnudez de sus nativos. Un extraño, que sabía de las Antípodas; que había sentido miedo del Leviatán; que había visto por las noches en su viaje, bolas de fuego como cometas; que por más de una vez había tenido que subir a cubierta y gritar -a escondidas- ¡tierra!, ¡tierra!, para no dejar morir su esperanza; en fin, un extraño navegante, vio cómo salían de entre aquella maleza magnífica, gigante selva azul negruzca, verdoso amarillenta, vio cómo emergían unos rostros, unos cuerpos y unas manos que, al igual que las suyas, manifestaban en su aletear curioso el asombro que produce el descubrimiento de otra vida. Dos pares de ojos se contemplaron mutuamente: el mar a la playa, la playa al mar... Europa a América, América a Europa. Fueron dos descubrimientos los que se produjeron ese 12 de octubre de 1492: el de un extraño que, soñando un paraíso, se vio de pronto envuelto en la realidad de la Utopía; y el de una india que, viviendo el paraíso, se vio de pronto envuelta en la realidad de la Conquista. Dos extrañezas juntas como espejos, dos revelaciones: la del extraño, quien comprobó que lo posible e imaginable tenía existencia y también podía reír; la de la india, quien supo que su cuerpo no era sólo lugar para la vida, confusión de aguas, sino también una cavidad dorada, un alimento codiciable y predispuesto al robo.

II

Desde ese momento, América entrará a formar parte de la tradición occidental, volviéndole la espalda a su sangre y sus ancestros. La coraza, el arcabuz y la bocarda fundarán a su paso la exaltación del brillo y lo novedoso, arrasando con el rudimentario colorido de la lanza, la honda y el arco. Desde ese momento, 12 de Octubre de 1492, América soportará la presencia del huésped violador quien, abusando de la hospitalidad de la tierra madre, le hurtará sus adornos y perfumes, maltratará sus cabellos y cohabitará desvergonzadamente con sus hijas, las hijas de la tierra. Desde ese momento, América, la joven vieja niña de piedra y tronco indios, la vieja niña joven vestida de pirámides, verá cómo van muriendo sus encantos para dar paso al vientre hinchido y la sangrante; desde ahora, ella será la «chingada», la marchita. Desde ese momento, América buscará afanosamente al padre de sus hijos, un padre que no huya y que garantice la especie; un padre, una certeza histórica. Pero cansada de buscar y no encontrar, América optará por recibir a cualquier extraño, a cualquier aparecido... La violada se prostituye. Desde ese momento, 12 de Octubre de 1492, América será una mujer triste, con nostalgias, añoranzas y, quizá, rencores. América, la hija desheredada por un padre que nunca le fue propio, la esposa abandonada por un amante desconocido; la ramera ansiosa de dinero pero avergonzada por tener que cobrar sus servicios nocturnos. Desde ese momento, América será una ingenua que, creyendo en el progreso y la civilización ajenos, bajará la cabeza sintiéndose culpable de otra mancha, el subdesarrollo. Desde ese momento, 12 de octubre de 1492, América entrará de lleno en el espacio huérfano de la identidad prestada, de la vergüenza, cuando no, ausencia de raíces; América, la que viste con discretos atuendos por las tardes y se engalana seductora con sedas y encajes negros por las noches.

III

Sin embargo, existieron hombres que no se acobardaron por ser hijos naturales, por ser hijos de la naturaleza; pues, para ellos, la legitimidad no era sino una de las trampas más obvias del poder. Sin embargo, existieron hombres como José Martí o José Lezama Lima que, a sabiendas de su bastardía, -no de su mestizaje- supieron enaltecer y llenar de dones a su madre, aunque a veces debían luchar primeramente con algunos de sus padrastros momentáneos. Existieron hombres que afirmaron altivamente: "la salvación está en crear"; hombres que dijeron que tarde o temprano el hombre natural vencería al letrado artificial, y que la batalla no era entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. Existieron hombres que dijeron sin pudor: nuestra sangre está hecha de bejucos, guásimos y totumos y no por ello, es de menor consistencia que la conformada por castaños, álamos y cedros. Sin embargo, existieron hombres que pensaron en eras imaginarias, en invenciones; hombres que creyeron realmente en el milagro y en la potencia preñante de la imagen; hombres que por no querer continuar aferrados a un sueño ajeno se lanzaron a la aventura, al peligroso azar de los caminos; hombres

que no sin cédula, ni certificación, ni árbol genealógico, hicieron de su pobreza una conciencia y de su orfandad un destino. Sin embargo, existieron hombres capaces de decir: "La América no debe imitar servilmente, sino ser original (...) ¡Imitemos la originalidad, ya que tratamos de imitar todo!". Hombres que escribieron: «Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo, botón de pensamiento que busca ser la rosa...» y, en esa persecución, descubrieron otra vez la abundancia, el misterio y la desmesura de su madre. Entonces la amaron de verdad, aunque estuviera pintorreada y semidesnuda, borracha y poco afectuosa. Sin embargo, existieron hombres que, aceptando su cabal pobreza, comprendieron la desmesura oculta en lo desconocido; hombres que escribieron y escriben para recuperar, al menos, la sangre tarquinada de los orígenes... Fue, entonces, cuando los Heraldos Negros se situaron justo delante de nuestros ojos y Melquíades empezó a escribir sus pergaminos. Si una invención fue necesaria para descubrirnos, otra invención era necesaria para reconocernos.



«No es verdad que solo los hombres que han estudiado quince o veinte años, los que han aprendido a pensar para pensar, son los que tienen vocación, porque han subido del valle al monte. Pues yo nací y me crié en el monte, y del monte bajé hoy al valle a escribir la presente obra... Un roble viejo y corpulento cultivado por la naturaleza, digo la naturaleza porque sobre él había un jardín de flores las que llaman los civilizados 'parásitas' y nosotros los indígenas 'chitemas', dialecto de mis antiguos Páez. Sobre dicho roble en la edad de seis años, trepado sobre él alcancé a contemplar un árbol elevado, es decir, con una copa altanera y orgullosa que coronaba las vírgenes selvas que me habían visto nacer, tanto a mí, como a mis antepasados, antes y después del 12 de octubre de 1492, y este era un árbol llamado Cedro del Líbano, parecía que saludaba a las omnipotencias una humana y otra Divina al pasar los cuatro vientos que tiene la tierra... Me llegó un pensamiento que así de altas debían quedar colocadas mis ideas en la nación colombiana cuando yo bajara del monte al valle a defender mi raza indígena proscrita, perseguida, despreciada, robada, asesinada por los hombres no indígenas; porque así lo indica el depósito de las acciones, y lo dijo el testigo del pasado, testigo que vino unido con el aviso de hoy para prepararme para la defensa de las generaciones venideras de la raza indígena colombiana».

Manuel Quintín Lame

I

¿Somos el «continente del porvenir» que suponía Hegel, o somos una cultura niña que, al decir de Hernando Valencia Goelkel, ha alcanzado por fin la mayoría de edad?... ¿Somos, en realidad, una cultura mestiza por definición histórica que, dada la diversidad de sus componentes, debe preguntarse todos los días frente al espejo, cuál es su verdadero rostro?... ¿o somos la búsqueda de una conciencia, el deseo por hallar una singularidad?... ¿Somos, como creía Alfonso Reyes, un continente que llega tarde al banquete de la civilización europea y, por ello, debe siempre apretar el paso, correr alocadamente, semejando un alimento alejado del fuego antes de alcanzar su plena cocción?... ¿Somos, como pensaba Pedro Henríquez Ureña, un mundo virgen oscilando entre el descontento y la promesa?... ¿o somos, mejor, según afirmaba Bolívar, una especie media entre los aborígenes y los españoles?... ¿Qué somos en verdad?

Cada una de estas preguntas entraña un apetito de certeza, de principio de diferenciación, de unidad. Cada una de estas preguntas nos sorprende y, al mismo tiempo, nos invita a tomar un punto de vista. Nos sitúa. La misma idea de América es ya, de por sí, problemática. Sabemos que América antes que descubrimiento fue invención; eso de una parte, pero luego, esa América inventada fue definida como un continente débil e inmaduro, un continente frígido, húmedo y habitado por salvajes impotentes. El reconocimiento que vino luego de la invención, fue básicamente biológico. Naturalista. Buffón y De Pauw: inferioridad por el clima y debilidad por la naturaleza.

Desde otra perspectiva, América fue la posibilidad de la Utopía para Europa: las ideas de Moro, Campanella y Bacon alcanzaban en ella visos de realidad. La Utopía de América fue para Colón el encuentro con el Paraíso Terrenal y, para los Conquistadores, la plenitud y el desarrollo de la novela de Caballería; esa Utopía convirtió al continente americano en una fantasmagoría, en una curiosidad de la ficción occidental que, más tarde -y aún lo vivimos y expresamos así-, tendría que reafirmarse como realidad y no solamente como fantasía. La Utopía de América convirtió al pueblo latinoamericano en una tierra fantasmal, exótica.

Pero hay más, no suficiente con esas denominaciones naturalistas y fantasmales, América Latina tuvo que enfrentarse con el problema de su expresión. Quería tener una cultura, pero hablaba con lengua prestada y pensaba, por tanto, ajenos pensamientos. América no inventaba, sino que, copiaba; no creaba, a veces tan sólo repetía. El arte, la literatura, la filosofía, las ideas políticas, las concepciones del Estado o los modelos educativos, todo le venía embalado en la antigua carabela del colonialismo. Y América aceptaba gustosa tal regalo.

II

De pronto hay una irrupción, un grito: es el momento en que América Latina se descubre, y esa es la palabra exacta: descubrimiento. El otro, el verdadero descubrimiento. Ya no era Europa la que develaba, sino la propia América.

Quitados los vestidos, si es que algunos tenía puestos, América, primero que todo, se nombra. José María Torres Caicedo, en un poema, por allá en 1856, bautizó este continente: le dio voluntad histórica. América Latina, lo llamó; y la idea, la nueva idea de América Latina (distinta a la América española, a las Indias Occidentales, o la Nueva España) no fue un capricho propio, sino una reacción contra el expansionismo norteamericano.

Después de esto América Latina se esfuerza por alcanzar sus propias palabras; y a los dragones vistos por Fernández de Oviedo, les vuelve a poner su verdadero nombre: iguanas. A la gran monstruosidad ambiental falsamente creada por los cronistas, a los gigantes dorados, América Latina contrapone su espacio cotidiano, el hombre untado de tierra. Hecho suyo el lenguaje, América Latina hace suyo el paisaje y, por ende, partícipe del Universo.

Enseguida, América Latina va en pos de su origen; le era necesario, imprescindible. Indigenismo, costumbrismo, regionalismo, fueron los primeros intentos por hallarse frente a frente con la sangre original. La respuesta fue incierta. América Latina no era sólo la raza o el color local, también era idea y deseo de universalidad. Intentó otra vez, y la historia, preferiblemente, le sirvió de motivo o de blasón.

De nuevo otra respuesta imperfecta. El planfletarismo, la retórica proselitista, el antimperialismo o las ideas proletarias, no daban la clave del espíritu latinoamericano; eran parte de él, quizá, pero no lo abarcaban completamente... América Latina opta, entonces, por cambiar de camino, y empieza a valorar la mera expresión, el decir que no pretende «dar razón a nadie»; la expresión, que de por sí, ya es originante. América Latina comienza a inventar y, desde ese ángulo creativo, gesta en cierta medida sus orígenes; halla una verdad de puño: sus raíces eran las mismas que ella, en su momento, iba diciendo o plasmando.

Vino luego la etapa crucial, América Latina saca a la luz pública su palabra, su expresión, su cultura. Y aquellos, quienes la habían conocido niña, empiezan a sospechar de su adultez y su belleza. Europa no podía creer -desde luego por seguir viendo a América como Utopía-, no podía aceptar que la Antigua América, india, húmeda, débil, salvaje, fuera ahora un continente que exhalaba un calor y una fortaleza envidiables por cualquier ser civilizado. Pero, cosa extraña: América Latina, en lugar de sentir el sano orgullo que produce el crecimiento, se mostró por el contrario, asustadiza, tímida, cuando no avergonzaba. Resultado: toda su cultura, toda su expresividad, se vio asediada por el agujijón de la identidad, por un cuestionamiento que la hacía retroceder en la vía de la historia. Dudó, América Latina dudó, y volvió a aceptar la valija del colonialismo; volvió a pedir prestado el lenguaje de las formas o el tema de los contenidos. Quería ser aceptada entre los «grandes», quería cumplir el destino impuesto por ellos, quería ser la perfección del largo proceso de la cultura occidental... Desde luego, y así lo hemos comprobado, era otro el destino, era otra la voluntad histórica que ella contenía en sus venas. Más que un continente por realizar, América Latina era una tierra viva. Más que una potencia, era ya un acto.

III

Por todo lo dicho anteriormente es que nos parece necesario «abandonar» el criterio formal de identidad, por otro mucho más amplio, más nuestro, más dialéctico, más material, si se prefiere; que englobe la América Latina una y múltiple, propuesta por Angel Rama; que contenga la América Latina repleta de sincretismos (religiosos, culturales, ideológicos, políticos y artísticos), sincretismos que se mueven más en el pluralismo, en el caldo de cultivo de cualquier cultura naciente, que en el anhelo uniformador y excluyente de herencia aristocrática.

Sincretismos, además, que no son mero mestizaje, sino estados de tensión, de conformación, de metamorfosis. Al ser un continente demasiado joven, vivimos la tensión entre el recuerdo mítico y el imperativo histórico de una toma de posición ante los demás espacios culturales, ante los rostros de otros tiempos y otras geografías. Nuestro sincretismo es el resultado de haber sido colocados de pronto, súbitamente, en la historia de Occidente, violentándonos un proceso propio, distinto. Y es el resultado, también, de haber podido asimilar tanta alabarda, tanto arcabuz, tanta espada, a punta de astucia, malicia, ingenio y seducción de india.

En otros términos, se trata de aceptar o entender, este continuo retomar y transformar, esta progresiva labor de lombriz de tierra, este «acomodar» de manera muy particular, las más disímiles y contrarias teorías o costumbres. Se trata, en suma, de comprender realmente que América Latina no pierde su «identidad» por faltarle la fe de bautismo, el certificado de nacimiento o la cédula de ciudadanía. Las generaciones futuras podrán desmentir o comprobar tal orgullo o temperamento de hijos naturales.

IV

Mientras tanto, inventemos, teniendo como estrella el ansia de perfección. Nuestra expresión debe dejar de ser problematismo. Aceptemos con dignidad, con la misma dignidad de José Lezama Lima, que nuestra expresión es forma alcanzada, aunque no podamos vislumbrar el punto final; nuestro horizonte de sentido se está haciendo, como tantas otras cosas en América Latina.

De pronto, es en esa "ansia de perfección" de que hablara Pedro Henríquez Ureña, en donde podemos hallar alguna respuesta a nuestra expresión original y genuina. "El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentimiento universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido".